

Escribir desde fuera de los círculos

ENTRE *temporal y frente* es el primer libro publicado por Celia Carrasco Gil y, como leemos en la nota biobibliográfica incluida en el volumen, es el resultado de cinco años de trabajo con la escritura, un tiempo en el que esta poeta ha alcanzado un alto grado de conciencia lingüística y de compromiso con la palabra. Creo que estamos ante un extraordinario primer libro, un volumen que responde a una estructura muy bien perfilada, con un léxico alejado del tópico y el lugar común, un poemario, en suma, en el que no falta ni sobra nada, dotado de una gran coherencia. El título, por otra parte, está tomado de los dos versos con los que se cierra uno de los mejores poemas del libro, «Frente del silencio».

Celia Carrasco Gil ha entregado un libro intenso y hondo, ordenado en siete partes precedidas cada una de ellas por palabras de Miguel Hernández, un grandísimo poeta que, sin embargo, no sé si se encuentra entre los referentes literarios predilectos de la generación a la que por edad, al menos, Celia Carrasco pertenece. Esas partes son «Preludio», «El temporal», «Frente del noroeste», «Temporal escamoso», «Frente abovedada», «Horizontes temporales», «Frente del silencio» y «Coda»; un libro que rebosa serenidad y lucidez a espaldas y que en gran medida se plantea como un viaje de conocimiento en el que la

voz poética ha sabido desprenderse de lo accesorio y partir a la búsqueda de lo esencial, hacia el encuentro con la raíz de las cosas; así sucede ya desde el primer poema, en el que esa voz se encomienda a Safo de Mitilene, a quien se invoca desde el acantilado: «Madre Safo de todos los poemas, / quítame de este fondo el agua dura, / ven a mi Lesbos, óyeme hoy y jura / que darás a mis versos mis estemas» (p. 15). No puede haber mejor comienzo: cuatro endecasílabos en los que la poeta ubica su lugar en la tradición, muestra sus cartas y, con ellas, el desafío al que se enfrenta. Ahí, bajo la tela superficial que oculta lo real, se halla la vida, esto es, la palabra que la acoge y la dota de sentido, y con ella el enfrentamiento con una misma, como sucede en «Autorretrato» (p. 20), donde la seguridad de la propia identidad se tambalea. De este modo, *Entre temporal y frente* gana altura y luz conforme escarba y traza surcos bajo la piel de una realidad a menudo demasiado narcótica y espectacular; es poesía de agua, tierra, fuego y, sobre todo, aire (la «cólera del viento», «el cierzo y sus silbidos de palabras», el «vaho del aliento», los «vientos de suspiros», el «viento, insoluble, [que] arruga las velas del navío», son elementos vehiculares ya desde el primer poema). Y, por encima de todos ellos, la luz, que funciona como un motivo central y vertebrador a lo largo de todo el poemario.

Celia Carrasco escribe desde el yo, pero lo hace con una discreción y una elegancia asombrosas, sin convertirlo en el centro de la materia poetizada, evitando toda señal de patetismo y sentimentalismo, como sucede, por ejemplo, en «Error 404», «Desengaño», donde la voz poética se dirige a un tú que es evidentemente un yo desdoblado, el resultado de una encrucijada, «un camino cruzado» (p. 47), «Tormenta verdinegra», «Nieve» o «Petrificada», poemas, estos dos últimos, en los que la mirada desempeña una función esencial, reveladora y al mismo tiempo terrible.

Este libro reclama un lector atento, dispuesto a acompañar en su viaje a aquella que ha tratado de desenterrar lo enterrado, desempolvar lo que el polvo del lenguaje más trivial ha ocultado, excavar fosas y hendiduras en las que la vida aún respire, exhumar las palabras que yacen bajo la superficie y exponerlas ahí, en el poema, a la intemperie, y que sean ellas las que desde el fondo atemperen el frío de la nada, quizás a partir de la intuición de que, como se lee en «Mochuelo versión 2.0.2.0.», un poema memorable, «No soy más que una proyección inerte / del eco de la tierra» (p. 58).

Y aquí se percibe, además de una acusada sensibilidad, la fina inteligencia con las que están escritos estos poemas y un sólido conocimiento de la tradición literaria, en particular, las fuentes grecolatinas. No hay duda, Celia Carrasco se enfrenta a la escritura del poema con un enorme respeto hacia el lenguaje y, al mismo tiempo, con valentía, lanzándose a la búsqueda de insólitas imágenes con las que vapulear la conciencia del lec-

tor, estirando las aliteraciones y el juego conceptual, como sucede, por ejemplo, en ese brevísimo y desconcertante poema titulado «Primavera de la sombra».

Desde su particular fondo abisal, Celia Carrasco Gil abre, y a mí en esto me recuerda en parte al Roberto Juarroz de *Poesía vertical*, una grieta en el muro de las convenciones y los tópicos que le permite intuir lo que hay al otro lado y, así, imaginar un horizonte de luz y emancipación, vincular y cuestionar los motivos sobre los que bascula esa construcción cultural e imaginaria que en el fondo es cualquier identidad: la seguridad de lo propio y el vértigo de lo ajeno. Porque, según se afirma en «Cadenas de piedra», de lo que se trata es de «encuadrar el silencio / en la inmensidad de este rincón» (p. 55), un rincón, como leemos en el revelador poema que cierra el volumen, «más imperfecto, / menos artificial, menos tecnológico» (p. 146), como si el silencio fuera no solo posible sino también necesario y reparador. Habrá entonces que continuar caminando y dejarse llevar por el viento hasta dar con la palabra sin palabra que enseñe que, a veces, callar no es asentir y no hablar es más que hablar o, por lo menos, otra manera de hablar, una palabra que sirva para asilar la lucidez devastadora de la soledad, romper el todo y, por qué no, también para salvar la nada. Celia Carrasco Gil ya se ha adentrado por esos senderos y ha escrito este deslumbrante y revelador libro para contárnoslo. —ALFREDO SALDAÑA.

Celia Carrasco Gil, *Entre temporal y frente*, Zaragoza, Olifante, 2020.